



SIGLO XXI

DON Antonio Guerrero se ha pasado de siglo. Su Club debiera llamarse Siglo XIX, no porque sea un sitio retro, sino porque más vale pecar de modesto y quedarse corto que quedarse solo. Claro que solo no va a estar el señor Guerrero Burgos en su ciclo "Monarquía y cambio social", al que ya se ha apuntado mucha gente. Los políticos tienen ciclos, como las señoras, que por cierto también van muchas al Club Siglo XXI, aunque casi todas pasadas ya de ciclo.

Entre otros, va a hablar Fraga, que nunca está callado, al contrario de lo que decía de Dios Miguel Hernández. Y va a hablar el señor Silva-Muñoz, que es la voz del cielo entre los paganos y la voz del pueblo entre los curas. Y don Licinio de la Fuente, el hombre que dimitió de perfil, y don Nemesio Fernández-Cuesta, todo un apellido, y don Miguel Primo de Rivera, todo un apellido asimismo, y Chozas Bermúdez, que son dos apellidos, y Orti Bordás, borda que te bordarás, y Adolfo Suárez, de los Suárez del Régimen y Martín Villa, de la Cultural y Deportiva Leonesa, con mando en Cataluña, azote de alcaldes barceloneses, y más gente. Un cartel, como ven, que ya lo quisiéramos para la corrida de la Prensa (aunque la Prensa bien toreada está ya, la pobre). Es de esperar que, retirado el Cordobés, muerto Bienvenida y rotas las relaciones diplomáticas con Arruza, nuestros espadas políticos no sufran revolcón de vaquillas, boda del siglo con novia embarazada ni otras iniciativas que pudieran apartarlos del ruedo Siglo XXI, donde la afición ya hace cola y consume gaseosa.

Como la fiesta se muere, yo creo que don Antonio Guerrero debe llevar el Club político a las Ventas y montar allí esta nueva fiesta nacional de la conferencia política a base de cambio social, futuribles, ministrables y la Chata por Rafael Duyós. Las socias del Siglo XXI ya se han pasado al XVIII y van de mantilla a las conferencias, todas de majas y chisperas, y sacan el abanico goyesco como cuando hablaba Ortega de él y su circunstancia: "Aquí un amigo, aquí mi circunstancia".

Pero Ortega, con ser tan de derechas, toreaba de capa mejor que todos éstos. ■

UMBRAL

POR FAVOR, ¿LA CALLE MAYOR?

Por Goll

—Por favor, ¿la calle Mayor?

—Lo siento. Yo soy pobre. Si me hubiera preguntado por la calle Menor...

—No. Yo busco la calle Mayor.

—Pues pregunte a otro.

—Gracias, de todas formas. Y pregunté a otro:

—Por favor, ¿la calle Mayor?

—Me parece que es usted bastante ambicioso. ¿Por qué no se conforma con la calle Mediana o la calle Regular?

—Es que necesito encontrar la calle Mayor.

—Todos necesitamos la calle Mayor y no todos vamos a ir a la calle Mayor.

—Pero en mi caso...

—¡Su caso, su caso! ¡Egoísta! ¡Váyase, si no quiere que lo denuncie!

Y pregunté a una señora: —Por favor, ¿la calle Mayor?

—Mire, yo soy viuda y me conformo con la pensión que me dejó mi pobre difunto. La avaricia es lo que pierde a las personas. Escuche, cuando yo conocí al que en vida fue mi esposo...

Esta vez le pregunté a un niño:

—Niño, por favor, ¿la calle Mayor?

—¡Huy, si yo sólo tengo siete años! ¡A lo mejor cuando sea mayor...!

—¡Niño puñetero, dime dónde está la calle Mayor!

—¿Por qué maltrata usted a este niño? ¿No le da vergüenza?

—Sólo le he preguntado dónde está la calle Mayor.

—Pues pregúntesele a un mayor y no a un niño.

—Ya se lo he preguntado a varios mayores. —¿Y qué le han dicho? —Me han dicho cosas di-

versas, excepto dónde está la calle Mayor.

—Y si los mayores no se lo han dicho, ¿pretende que se lo diga un niño?

—A veces los niños...

—¡Claro, a veces se puede abusar de los niños!

—Yo... le juro que no... Por cierto, ¿usted sabe dónde está la calle Mayor?

—Sí.

—¡Menos mal!

—Pero no se lo digo.

—¿Por qué?

—Porque a mí tampoco me lo dijeron. Averigüelo usted mismo.

—Es de lo que trato. Por eso pregunto.

—¿Y pretende que la gente le diga dónde está la calle Mayor? —Claro, ¿qué trabajo cuesta? —¿Usted me diría a mí dónde está la calle Mayor? —Yo, sí.

—Pues dígame.

—Es que no lo sé.

—No lo sabe o no quiere.

—Le prometo que si, por fin, lo averiguo, le diré dónde está la calle Mayor.

—A mí no hace falta que me lo diga, porque lo sé.

—¿Y qué tengo que hacer yo para que me lo diga usted a mí?

—Nada. No logrará convencerme. Conozco a los tipos como usted.

Por último, me subí a una farola, y le pregunté a gritos a todo el que pasaba:

—¡Por favor, la calle Mayor!

Eran las cinco de la madrugada. Llovía. Yo no lo sabía. Comencé a caminar por una calle oscura, brillante, silenciosa, con la cabeza baja. Y por eso, por llevar la cabeza baja, no pude leer un letrero en una chapa de una esquina:

CALLE MAYOR.

